

M A R A T O R R E S

Los días felices



Mara Torres



Los días felices

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mara Torres, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2017

Depósito legal: B. 18.078-2017

ISBN: 978-84-08-17684-8

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

MIGUEL Y CLAUDIA

Cuando sonó el móvil y escuchó al otro lado la voz grave y oscura de Claudia preguntándole si le apetecía tomar algo, Miguel saltó del sofá, salió de la buhardilla apresuradamente, bajó a trompicones las cinco plantas de su edificio y echó a correr hacia la cafetería en la que acababan de quedar. Antes de abrir la puerta, recuperó la respiración y se atusó el pelo mirándose en el reflejo del cristal. Bah, da igual. Entró.

—¡Hola!

Claudia se volvió al oírle por detrás y se levantó para darle dos besos. Él se estremeció al percibir su olor. Otra vez su olor.

—¡Cuánto tiempo!

—Mucho.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tú?

—Bien.

Se quedaron callados. Yo estoy bien, tú estás bien. ¿Qué más?

—¿Qué te pido?

—Una cerveza.

Miguel fue a la barra y esperó a que el camarero le atendiera. Así que le seguía gustando la cerveza. Podía haber cambiado de hábitos, podía haberse pasado al vino o al gin-tonic, podía haber pedido un café, un té o incluso un Cola Cao como una chica que conoció que pedía batidos en los bares, pero no, seguía gustándole la cerveza como a él. Pensó en algún tema de conversación para cuando regresara a la mesa, un asunto que les diera para hablar más de un minuto o dos, pero no se le ocurrió nada. Estaba bloqueado. Si hubieran quedado para mañana o para dentro de unos días habría tenido tiempo de mentalizarse y llevar el encuentro preparado, pero Claudia no había dado tregua: «¿Te apetece tomar un café?». Te apetece tomar un café ahora, no mañana ni pasado mañana ni dentro de una semana, ahora. Y él había salido corriendo de casa como si no hubiera nada más importante en el mundo que encontrarse con ella. Comprobó su ropa por si, con las prisas, llevara puesto el pijama. No, joder, menos mal. Se giró con disimulo hacia la mesa. Claudia jugaba con una servilleta de papel haciéndole dobleces y a Miguel se le calentó el corazón. Seguía siendo la mujer más guapa que había visto nunca.

—Estás muy guapa —dijo dejando las birras encima de la mesa.

—¿En serio? —contestó ella riéndose.

—Qué va. Tú y yo nunca hablamos en serio, ya lo sabes.

Le gustaba verla reír. Su diastema le daba un aire

infantil que haría perder la cabeza a cualquiera. Miguel recordó las miles de veces que había imaginado que se colaba por el minúsculo espacio que quedaba entre sus paletos, entraba en su boca, atravesaba su garganta y se instalaba en el interior de ella convencido de que podría pasar así el resto de su vida. «Hey, Claudia —le diría dándole un codazo en el tórax—, no bebas tan deprisa que me estás ahogando» o «No des tantas vueltas a ese asunto, por favor, que me mareas» o «Ese tipo nuevo me resulta indigesto, dile que se pire».

—Me gusta tu risa.

—Hace mucho que no me río como antes, Miguel. Menos mal que te he llamado y estás aquí conmigo para hacerme sentir que las cosas pueden volver a ocurrir. Gracias.

Lo dijo así, como si nada, como si dijera: «Menos mal que mañana es domingo. Gracias». Mientras la escuchaba, Miguel iba despegando la etiqueta del botellín de cerveza tirando de las esquinas intentando que saliera entera y sin rasgarse.

—Te preguntarás por qué te he llamado, pero no estoy segura de saberlo. Ayer pasé todo el día triste y me acordé de cuando te vi bailar en la fiesta en la que nos conocimos. ¿Te acuerdas de ese día y de esa fiesta?

Sí se acordaba de ese día. Fue el día en el que se besaron por primera vez. Y sí se acordaba de la fiesta. Como para olvidarse.

—Claro. Cumplía veinte.

—¿Veinte años? Qué rápido pasa la vida a veces —Claudia alisó con los dedos la servilleta que había doblado

antes—. Pues sí, ayer me tiré toda la tarde recordando aquel día, casi no he dormido y cuando me he despertado esta mañana me moría por llamarte. Ahora te tengo delante —le miró con una levísima sonrisa— y no sé muy bien de qué hablar.

—¿Por qué estabas triste ayer?

—Será el tiempo, la primavera me pone melancólica. Él sabía que no era eso.

—Miguel, no sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada.

I

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 20 AÑOS

Abrió los ojos sobresaltado. Eh, ¿qué estaba pasando? Alguien tocaba las castañuelas en el piso de abajo y no eran horas. Aguzó el oído intentando descubrir de dónde venía exactamente la música hasta doblarse entero sobre el colchón y golpearse en el suelo con la cabeza. Hum. Encendió la luz de la mesilla, se asomó otra vez por debajo de la cama apartando el edredón y comprobó que el castaño que le había despertado no salía de la casa de sus vecinos, sino de las patas del somier, que taconeaban levemente sobre el parquet barnizado. Lo que faltaba. Un terremoto. Miró el reloj: las cinco y cuarto. Se levantó, confirmó que sí, que era un terremoto por cómo se movía el montón de ropa que había sobre la silla, se puso las gafas y salió al pasillo.

Le sorprendió que nadie estuviera despierto aún. Su hermano, vale, porque dormía como un ceporro, y su padre, vale también, pero ¿su madre? El seísmo subió de intensidad y el temblor se hizo tan notable que Miguel tuvo que sujetarse en la pared mientras oía claramente el tintineo de los cristales de la lámpara del salón. Y su

familia sin enterarse. Llegó a duras penas al dormitorio principal, abrió la puerta y vio que la cama de matrimonio estaba desecha pero vacía. Un fuerte tambaleo le hizo caer al suelo, consiguió gatear hasta la habitación de su hermano y, asomándose a cuatro patas al cuarto, comprobó que la manta y las sábanas estaban hechas un revoltijo sobre la alfombra, como si Diego hubiera escapado de la cama despavorido. «¿Están tontos o qué? ¿Se piran y me dejan solo?». Enfiló el pasillo, escapó de la casa, bajó corriendo por las escaleras evitando el ascensor y salió al jardín. Las farolas de la urbanización iluminaban el césped desierto, no había un alma en la calle y hacía un frío que pelaba. «Pero ¿dónde diablos están todos?». Regresó a la entrada de su portal y llamó insistentemente al telefonillo de Pecú. Nada. Con la palma de la mano apretó los botones del resto de interfonos y tampoco obtuvo respuesta. Al verse rodeado de viviendas vacías sin saber qué hacer ni a quién ir a buscar, le invadió una terrible sensación de soledad. Tenía miedo, sí, ¿y qué? Llenó los pulmones de aire para gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro, pero el alarido se le atascó en la garganta y salió mudo. Se tiró al suelo pateando y, en medio de su berreo, oyó, por fin, el sonido de un helicóptero de salvación. Gracias, Dios. Dios o quien sea. Levantó los brazos hacia el cielo esperando el rescate, pero, antes de que el helicóptero consiguiera aterrizar, los edificios comenzaron a desplomarse a su alrededor, la tierra se abrió bajo sus pies y Miguel sintió el peso de su cuerpo cayendo lentamente al vacío.

—Miguel, hijo, que son las ocho y veinte.

¿Las ocho y veinte? ¡No! Saltó de la cama hacia el cuarto de baño, se metió bajo el chorro caliente de la ducha y, cuando terminó de enjabonarse, abrió el grifo de la fría y contó hasta sesenta para que el agua helada le despejara las neuronas. Menuda mañana para quedarse dormido, no podía haber sido otra. Utilizó para secarse un albornoz que había colgado en el radiador y luego, arrastrándolo con los pies, fregó un poco el agua que se había salido por no cerrar bien la cortina de la bañera. Regresó a su cuarto, se puso unos vaqueros y la sudadera de su hermano, metió unos apuntes en la cartera y fue a la cocina para coger las llaves y marcharse pitando.

—¡Felicidades, cariño, ven aquí que te bese! ¡Veinte añazos, si me parece mentira!

—Ya, mamá, por favor, para.

—Hala, tómate el café, que está recién hecho.

—No. ¿Ha llamado Pecú?

—Sí, ha llamado al telefonillo hace cinco minutos, que te espera abajo, no le he dicho que suba porque ya veo que vais tarde. ¿No es hoy el último día de exámenes?

¿Por qué tenía que enterarse de todo? Juraría que él no había comentado nada del último examen, que podría haber sido hoy o la semana que viene o nunca, pero con esa forma que tenía de dejar caer las preguntas, «¿No es hoy el último día de exámenes?», su madre acababa sacándole la vida entera.

—Lo han pasado a después de Navidad.

—Mejor. ¿No venís a comer?

—No.

—Dile a Pecú que tengo albóndigas.

—Que no, mamá, que nos quedaremos donde Mateo, que no hagas comida.

—No, si ya la tengo hecha. ¿Tienes dinero?

—No. Dame.

—No sé por qué te pregunto, si nunca tienes, no sé qué haces con la paga.

—Cosas.

Magda sacó el monedero del cajón de la cocina, cogió un billete y se lo dio a Miguel.

—Jobar, mamá, con quinientas no hago nada.

—¿Cómo que jobar? ¿Y cómo que no haces nada? ¿Te digo yo todo lo que hago con quinientas pesetas?

—Ya, pero es mi cumpleaños.

—Ya, y por eso te he regalado los vaqueros que llevas puestos.

—Pero es que al Pecú su padre los viernes le da mil.

—Me da igual lo que haga o deje de hacer el padre de Pecú. Si no te da para comer donde Mateo, coges y te vienes a casa, que hay comida.

Miguel metió el billete en el bolsillo de la cazadora mientras su madre le subía la cremallera hasta más arriba del cuello con un «No vayas a coger frío, hijo», y salió de casa desabrochándose. Cuando bajaba en el ascensor le vino a la cabeza el terremoto. Se miró en el espejo y vio cómo se ruborizaba al recordar el miedo que había sentido cuando se encontró en mitad de los edificios sin que nadie le hiciera caso ni viniera a buscarle. Bueno. Solo había sido una pesadilla.

—¿Qué pasa, tío?

—Qué pasa.

—Felicidades. —Pecu le dio un amago de abrazo.

—Gracias.

—¿Te has dormido o qué?

—No.

—Ya.

Estaba claro que el Pecu sabía que se había quedado dormido justo la mañana en la que habían quedado para jugar la final del campeonato de mus, pero esa era una de las cosas que le gustaban de su amigo, que no insistía. Subieron al autobús y se sentaron en la fila del fondo.

—He soñado con un terremoto.

—Qué agobio.

—Pues sí. Estaba durmiendo en mi cuarto cuando de pronto noto que están temblando todos los edificios de la urbanización y nadie se despierta, ¿no? Imagínate la situación, que todo el mundo esté como un tronco menos tú, que te has dado cuenta de que se avecina una tragedia muy tocha. Y entonces me levanto y os tengo que ir sacando a todos, primero a mis viejos y a mi hermano, luego voy corriendo a buscaros a ti y a tu padre y, de paso, a toda la gente de la urbanización, y al final, no sé cómo, aparezco conduciendo un helicóptero y, justo cuando empiezan a desplomarse los bloques de viviendas, os rescato.

—Ah.

—Y que si no es por mí os morís todos.

—Pero era una pesadilla, ¿no?

—Qué va. Un sueño. Al final salía bien.

Tampoco había que reconocerlo todo.

—No pasa nada, Miguel, no me tienes que dar detalles y no pueden empezar la partida sin nosotros.

—Claro.

Cerró la boca y se quedó tranquilo. Quería al Pecu lo que más. Lo sabía todo de Miguel sin que Miguel tuviera que decir nada y lo mismo al revés. Apoyado en el cristal de la ventanilla, fue siguiendo el recorrido que hacía el autobús desde las avenidas ajardinadas de Cambria hasta las calles asfaltadas de la ciudad.

El autobús les dejó en la parada que había justo enfrente de la cantina de Mateo. Empujaron la puerta de madera y el olor a café y a pan recién tostado atravesaron la nariz de Miguel y le metieron en el cuerpo un hambre del carajo.

—Venga, ¿qué os pongo? Que os están esperando.

—Para mí un café con churros y para este un zumo y un triángulo de chocolate —pidió Pecu.

—Id a sentaros, que ahora os lo llevo.

Se estaba a gusto en la cantina. Además de organizar el campeonato de mus por trimestres, Mateo dejaba que los chavales pasaran allí el tiempo que quisieran aunque solo tuvieran dinero para una caña, para un café o para nada. También era el lugar donde Miguel podía encontrarse los viernes con Claudia. Un latido distinto al resto le desordenó el corazón, pero no era momento de pensar en eso ahora.